

CAPITULO XVIII.

El grito de la conciencia.

Los dos amigos, despues de echar una mirada al edificio de que acababan de salir, caminaron un largo espacio sin pronunciar una sola palabra, ocupado cada cual en las ideas que bullian en su mente.

En aquel momento los relojes dieron la hora.

El sereno, que aun permanecia en la misma posicion que le dejamos, alzó la cabeza maquinalmente; abrió la boca soñoliento-cantó, entre bostezos la *una*, volvió á meter la cabeza entre la manta y siguió roncando.

—Alarguemos el paso, que es tarde.

Dijo Miguel.

En aquel instante empezaron á salir de la lógia todos los individuos de ella, tomando cada cual el rumbo de su casa.

El último de ellos fué Rossi; á quien se habian quedado esperando otros dos, que salieron delante de él.

—¿Podrémos alcanzarlos aún?

Preguntó uno de ellos.

—Sí—contestó Rossi—allí van; sigámosles.

Y los tres, colocándose en la acera de la sombra, echaron á andar en pos de Enrique y de Miguel.

—Van hablando en alta voz.

Advirtió el que hasta entonces habia guardado silencio.

—Véamos si podemos recoger sus palabras.

Dijo Rossi.

Y sin despegar los labios, se pusieron á escuchar la conversacion de los dos amigos que iban animados en el siguiente diálogo, bien agenos de pensar que eran espíados tan de cerca por tres hombres.

—Pero ¿cómo has podido descubrir tal cosa?

Preguntó Enrique apoyándose en el brazo de Miguel.

—Después de haber atravesado largas y oscuras galerías, me detuve á descansar al lado de una puerta que estaba cerrada y que comunicaba con otro salón. Ya me disponía á continuar mi camino, cuando escuché el ruido de voces de algunas personas que hablaban dentro: aplico el oído, y oigo á Fernando que pedía se suspendiera la votación de un punto que ventilaban, porque faltaba un sócio.

—¿Y de qué se trataba?

—Se trataba de un plan infame, presentado por Rossi.

—¿Y ese sócio que faltaba, sería tal vez el que hemos visto muerto?

—Creo que sí.

—Continúa.

—Todos convinieron con el parecer de Fernando, excepto Rossi y algunos extranjeros que solo sirven para extraviar la opinión.

—¿Y qué plan era ese?

—El de sorprender á un ciudadano honrado, y obligarle á firmar un papel donde aparezca como jefe de conspiración contra el gobierno, para que así salga desterrado.

—Y ¿qué motivo tiene Rossi?... .

—Ninguno mas que el de satisfacer una venganza personal, que él ha tenido buen cuidado de disfrazar con el ropaje del patriotismo y del amor á la libertad.

—¿Y dices que Fernando....

—Fernando se opuso con la franqueza y energía de un corazón leal y patriota, haciendo ver que, la causa de la libertad es la causa de la justicia, y que sorprender al pacífico ciudadano, haciéndole aparecer como conspirador, atacando así la opinión privada de un individuo, era un acto el mas injusto, que rechazaba él en nombre de todo el partido yorquino, liberal por esencia, y justo por convencimiento.

—No esperé menos de sus rectos principios. ¿Y cuál fué el resultado?

—Que sus razones y las de otros muchos

buenos mexicanos que se adhirieron á su dictámen, triunfaron, quedando vencido Rossi.

—No podia suceder otra cosa: nosotros podrémos cometer errores políticos inherentes á nuestra inexperiencia, pero no somos capaces de ninguna accion bastarda que rechace el honor.

—Pero Rossi, aunque derrotado en la votacion, no ha desistido de su plan.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mientras los sócios estaban ocupados en votar, se acercó á la puerta en que yo estaba, y oí que convino con dos paisanos suyos, en llevar por sí solo adelante su venganza.

—¿Qué infamia!

Fernando, no contento con el triunfo alcanzado en la discusion, apostrofó contra los extranjeros que habian manchado la victoria, pocos dias antes, con un acto reprehensible: Señores, dijo, nuestro partido, que es el partido de la libertad, de la justicia y de la tolerancia, tiene en su seno individuos de extraños países que, correspondiendo

mal á la generosidad con que los hemos recibido, desconceptúan nuestra causa. Son pocos, y puedo señalarlos por sus nombres; pero aunque cortos en número, ejercen demasiado influjo, y tienen estremada osadía para llevar tras sí las masas populares, fáciles siempre de exaltarse cuando se les hace creer que peligrá la libertad. Fresco está aún el triste acontecimiento del Parian, que todos los que blasonamos de liberales y hemos nacido bajo el hermoso cielo de México, hemos condenado, y que no pudimos impedir, á pesar de los esfuerzos que hicieron los principales jefes para contener á las masas armadas: los hombres á quienes me he referido antes, extraviaron la opinion de los que les seguian, y el mal se consumió.

—¿Y nada contestó Rossi á esa alusion tan directa?

—Sí; dijo que él habia sido el primero en oponerse á los desmanes; pero aunque lamentaba, como todos, aquel acontecimiento, no veia en él ningun acto que perjudicara á la causa que sostenian: “Todos, añadió, hemos clamado contra el influjo que

ejercia el oro de los comerciantes españoles en el país, contra el sistema liberal.”

—¿Qué hombre tan osado! Continúa.

—Fernando replicó: “Sí, pero ni yo, ni ninguno de los de mi partido, pretendimos jamas despojarlos de lo que de ellos era. Queríamos su expulsion, no por odio, pues no odiamos á los españoles, sino para quitar un obstáculo que se oponia á la marcha del país por la senda del progreso. Era una medida política, no un amago á la propiedad. Nuestro partido ama la justicia, porque es liberal, y odia el despotismo, por qué implica injusticia.”

—Tiene razon, porque no puede haber libertad sin justicia, ni justicia sin libertad: son una misma cosa con dos nombres.

—Los miembros de la lógia aplaudieron el pensamiento de Fernando, que prosiguió diciendo: “Despojar de sus bienes á los mismos que se tratá de expulsar, es un acto con el que no trasigirémos jamas. Aplicar dos castigos por una culpa, es lo menos compatible con la humanidad: y los liberales todos, levantaremos la voz porque no se

expulse á los españoles hasta que no se les indemnice las cantidades que han perdido.” Mil bravos resonaron en el salon, y todos se adhirieron al pensamiento de Fernando. excepto Rossi que se mordía los lábios y permaneció callado meditando inícuos planes.

—¿Y crees tú—dijo Enrique—que consigan su noble objeto?

—No; yo creo que es inútil cuanto se haga en favor de los españoles: la expulsion para que salgan del país está dada; el pueblo está exaltado contra ellos, creyéndoles enemigos de la independenciam; y si el gobierno tratase ahora de favorecerles, seria mirado con odio y desconfianza, le acusarian de traidor, y tal vez seria víctima de su generosidad.

—Estamos de acuerdo en este punto. Pero volviendo al individuo, cuyo destierro medita Rossi, ¿qué piensas hacer?

—Salvarle.

—¿Le conoces?

—Sé donde vive, y le avisaré de todo, para que no se deje sorprender.

—¿Y sabes los medios de que piensa va-

lirse Rossi para llevar á cabo su infernal proyecto?

—Sorprendiéndole á la salida del primer baile de *posadas*, á donde asistirá mañana en la noche, porque está convidado por persona á quien no puede desairar.

—¿Sabes en que casa hay esas *posadas* (1).

—En la del diputado B....

—Precisamente está convidado á ellas Fernando.

—¿Será posible?

—Lo sé porque me lo ha contado Luisa, invitándome á ellas.

—Me alegro, porque si no consigo encontrarle en su casa, podrás tú poner en su conocimiento el peligro que le amenaza.

—¿Sabes su nombre?

—Sí; Antonio Miron.

—No le conozco.

—Es un excelente médico, jóven y rico.

—Pero podemos hacer otra cosa, si por desgracia no le encontrases en su casa.

(1) Nombre que se da en Mexico á los bailes que tienen lugar desde el día 16 de Diciembre hasta el 24 del mismo, y de los cuales me ocuparé en su lugar correspondiente.

—¿Qué?

—Asistir conmigo á las *posadas*, y descubrirle allí lo que intentan.

—Admitido.

—Ahora acaba de contar lo que oiste en la lógia, porque me interesa en extremo.

—Nada mas tengo que añadir á lo dicho. Tal vez hubiera descubierto algunos secretos mas, pero al grito que tú sin duda lanzaste, los socios guardaron silencio sepulcral, hasta que, viendo que no se repetía ni se escuchaba nuevo rumor, mandaron á uno de ellos que, cubierto con una careta, saliera á ver qué novedad ocurría. Yo me coloqué entonces bien; de manera que, cuando el enmascarado abrió la puerta, yo quedé tras de ella, sin que él me pudiera ver, y despues le seguí, hasta que logré desarmarle de la manera que viste.

—A tí te debo la vida. ¿Y á qué hora piensas avisar á ese jóven, del peligro que le amenaza?

—Mañana muy temprano.

—Veré si puedo ir por tí para acompañarte.

—Como gustes. Pero de todas maneras, para mayor seguridad, concurriré al baile, no sea que le tiendan un nuevo lazo.

—Corriente.

En esta conversacion llegaron á la puerta de la casa de Miguel, y se detuvieron.

Los hombres que les seguian hicieron lo mismo, quedándose en la acera contraria.

Miguel llamó dando tres golpes con el baston, y mientras esperaba á que le abriesen, siguió en conversacion con su amigo.

Entre tanto, Rossi sacó una cartera, y mirando el número de la casa, apuntó: "calle de.... número 4."

—¿Quién es?

Preguntaron en aquel instante, entreabriendo la puerta, pero sin quitar la cadena que tienen todas las casas principales en México.

—Yo.

Contestó Miguel dejándose ver de quien hacia la pregunta.

El portero quitó la cadena, y abrió la pesada puerta.

—Buenas noches, Enrique.

Dijo Miguel alargando la mano á su amigo.

—Buenas noches.

Contestó Enrique.

Despues continuó su camino, seguido siempre de aquellos tres hombres que marchaban en silencio y cubiertos por las sombras.

De repente se detuvo, y llamó á un anecho y espacioso zaguan que se abrió con las mismas precauciones que el de su amigo: Miguel.

Rossi volvió á sacar su cartera, y anotó "calle de.... número 12."

—Vámonos ya cada cual á nuestra casa.

Dijo uno de los otros dos.

—Sí, que es la una y media.

Añadió el tercero.

Y los tres tomaron por distintas calles.

Rossi, semejante á esos génios maléficos que vagan solitarios por las sombras saboreándose con la memoria de sus infernales hechos, caminaba solo y despacio, revolviendo en su imaginacion mil ideas en que alternaban los hechos consumados con los que aún bullian en proyecto.

De repente pareció absorber todas sus potencias un recuerdo.

Sus ojos brillaron con una alegría feroz.

Su fisonomía se sonrió con el pensamiento de la víctima que dejaba muerta en uno de los cuartos de la lógia.

Sus labios se entreabrieron, y murmuraron algunas palabras que fueron á morir con el ruido de sus pisadas.

—Era un obstáculo para mis planes, y me deshice de él.

Añadió luego en voz mas clara.

Y como si la meditacion de aquel hecho que le ocupaba, excitase de nuevo su sed de sangre, retorció entre los dedos de la mano izquierda su largo bigote, mientras con la derecha tocaba con satisfaccion la empuñadura de su espada.

Estas ideas de exterminio tenian para él tanto atractivo, como para el jóven enamorado el recuerdo de las palabras de amor que escuchara de los nacarados labios de su amada.

Embebido marchaba en las reflexiones que de exponer acabamos, cuando al llegar

cerca de la esquina de la calle de San Juan, llegó á sus oidos un quejido lastimero como el de un moribundo.

Rossi se estremeció, sobrecogido de un terror pánico: aquel lamento, lanzado en medio de las sombras y del silencio, le pareció el mismo que exhaló su víctima al espirar, y le hizo perder su proverbial serenidad.

Nada hay mas cobarde que la imaginacion cuando se ve sorprendida de una idea terrorosa. Nada es capaz en aquel instante de serenar el espíritu alarmado: los ojos pierden la facultad de ver los objetos como son en sí, y todo lo revisten de gigantescas y aterradoras formas: el corazon se oprime helado dentro del pecho que respira con dificultad: la sangre se coagula en las venas con el frio del espanto: la razon se ofusca, y el despierto oido percibe el mas ligero ruido, como si fuesen los pasos de un sér sobrenatural, cuyo aliento cree sentir al lado suyo, y que se acerca sobre las puntas de los piés para herirle.

Tal era la situacion de Rossi en aquel

momento: el suspiro que cerca de sí habían exhalado, le crispó los nervios, atirantó su piel y le erizó el cabello: quiso secar el frío sudor de su frente, y sus ojos se fijaron, espantados, en una mancha de sangre que tenía sus dedos. Entonces le representó su imaginación la víctima sacrificada á su saña; y un nuevo quejido, mas prolongado y triste lanzado en el mismo instante, acabó de desconcertarle.

El hombre que hasta entonces habia desafiado los peligros, manifestando un valor á toda prueba, ahora tiembla como un niño.

¿Es el miedo á la muerte?

No; porque mil veces hizo ver que no la temia.

¿El remordimiento acaso?

Rossi se burlaba de los que hablaban de *conciencia*, llamándola *preocupacion ridícula* infundida en la niñez.

Pero es lo cierto que ese remordimiento suele llamar un dia en el corazon del hombre.

Pero es lo cierto que Rossi habia caminado hasta aquel instante, complaciéndose con el recuerdo de sus crímenes, y que de

repente tembló al escuchar un quejido, como tiembla una criatura al oír el nombre de un fantasma con que tratan de asustarla.

Pero es lo cierto que todos los hombres aun los que mas blasonan de incrédulos y despreocupados, tienen un momento en que se ven sobrecogidos de un terror invencible en ciertas épocas y en ciertas situaciones; y que la causa mas insignificante, el lamento de una persona, el ruido producido por el vuelo de una ave nocturna, la sombra que dibuja su mismo cuerpo, le sobresaltan, le hacen palidecer y le estremecen.

Es un resto de la educacion recibido en la niñez, dirá alguno.

¿Y por qué, los que abrazan la carrera del mal, olvidan todas las demas cualidades de la educacion, y no pueden olvidarse, á pesar de los esfuerzos que hacen para conseguirlo, de esa que, para ellos, es la mas incómoda y la mas molesta?

¿Por qué aun los hijos de los criminales que nunca han oido hablar de conciencia, y que entran desde sus primeros años á ejercer los delitos, sienten dentro de su cora-

zon ese grito que les estremece, que les sorprende en medio de sus empresas, y que acibara aun aquellos momentos en que mas esperaron gozar?

Esto es que la conciencia es innata en el hombre.

El consejero mas leal.

El amigo inflexible, justo, imparcial y severo que Dios colocó en su alma para que le acompañase á todas partes.

Algo de esto debió pasar por Rossi.

El cambio que se había operado en él, no podia reconocer otra causa. Espantado, y sin poder apartar sus ojos de la mancha de sangre impresa en su mano, en vez de avanzar fué retrocediendo poco á poco como ante una vision fatídica. Debilitado por aquella lucha interior tan violenta como terrible, iba á apoyarse en la puerta de una humilde accesoria, cuando vino á herir sus oidos un tercer quejido que salia de la pieza,

Rossi se estremeció como un perlático; pero notando que por la cerradura de la puerta brillaba el resplandor de una luz, fué tranquilizándose: su pecho empezó á en-

sancharse paulatinamente; dejó de latir su corazon con violencia, empezó á despejarse su razon, y su mente vió desaparecer las fantasmas que le habia presentado su descarriada fantasía.

—Sin duda fué el lamento de un enfermo:—murmuró entre dientes Rossi:—de algun desgraciado que se despide de este mundo.

Entonces recobró el ánimo, se avergonzó de su pueril temor, y aplicó el ojo á la cerradura para ver lo que dentro pasaba.

—¡Qué veo!.... mi rival....

Exclamó asombrado, no bien examinó la estancia.

Y efectivamente, lo primero que se presentó á su vista fué el médico D. Antonio que acababa de hacer una terrible operacion á un jóven enfermo tendido en un miserable lecho, y cuidado por una mujer como de cuarenta años, que parecia su madre.

Al ver al amante de Pilar dispuesto á salir, pues acababa de coger el sombrero, cruzó por la mente de Rossi un pensamiento infernal. Se acordó del duelo á que le ha-

bia provocado, de la humillacion que le habia hecho sufrir, de los insultos que le habia prodigado, y de lo fácil que le seria deshacerse de él en aquella hora en que nadie transitaba por la calle.

Esta idea halagó su corazon, y asomó á sus labios una sonrisa infernal.

Ahora era el hombre mismo del Parian.

El hombre que se burlaba de los remordimientos.

El que no creia en la conciencia.

—Su mala suerte le coloca entre mis manos:—dijo al fin para sí;—esperémosle, y quitemos este obstáculo que se presenta en mi camino. Aquí sale.

Y Rossi se colocó arrimado á la pared contigua á la accesoria: sacó un puñal, y esperó con el brazo levantado á que abrieran la puerta; pronto se oyó el ruido de ésta, y al asomar en el dintel D. Antonio y cerrarse la pieza de donde habia salido, se vió descargar un golpe, y resonar en el viento un grito.

CAPITULO XIX.

Cuidados y lágrimas.

En cuanto Miguel se despidió de Enrique y entró en su casa, se encerró en su gabinete, preocupado con los acontecimientos de aquella noche.

Interesado su noble corazon en salvar á la persona amenazada por la lógia, del peligro en que se encontraba, hubiera querido que las horas hubiesen pasado con la rapidez de su deseo.

Impulsado por aquel recomendable afán, ni aun queria sentarse, como si los instantes regulasen su curso por la accion de su cuerpo.

Al verle pasear á lo largo de la estancia

con una igualdad invariable en sus actitudes, cualquiera hubiese dicho que sus movimientos estaban subordinados á un mágico resorte.

A cada vuelta que daba, se detenía en medio de la estancia lo indispensable únicamente para fijar los ojos en el cuadrante del reloj, cuyo inflexible horario creía que no avanzaba de un punto.

Parecíale que el tiempo, que tan rápido vuela en las cortas venturas que goza el hombre en la mezquina tierra, había plegado ahora sus alas para caminar con pesadas muletas.

Si el lector se ha encontrado alguna vez en situación análoga á la de Miguel, si ha esperado alguna vez la noticia de un fausto acontecimiento, la carta de una esposa, de un hijo, de un amigo, de una amante ausente, conocerá ese violento malestar, esa agitacion, esa inquietud que no se puede vencer por mas que llamemos á la razon en auxilio nuestro.

Resuelto á esperar de pié la luz del dia, ni aun del sombrero quiso despojarse, por

no perder ni el leve instante que emplearía en tomarlo del sitio en que lo colocase.

María, que le habia sentido llegar á hora tan avanzada, y que como él velaba entregada á sus melancólicas ideas en el cuarto contiguo, escuchaba atenta los pasos de Miguel.

Sus pisadas, que sobre la suave alfombra adquirian ese ruido misterioso y lúgubre, cuyo eco sordo espira envuelto en la agitada respiracion del que escucha, iban á caer en el triste corazon de la interesante jóven, como otros tantos emisarios de su amor sin esperanza y de su ilusion perdida.

Para su alma como el delicado perfume de las flores al primer albor de la mañana, y tierna como el beso de una madre en la frente virginal del niño que sonríe en la cuna, posponia las terribles penas que emanaban de su amor sin esperanza, á las que juzgaba debian atormentar en aquel instante al sér cuya felicidad hubiera comprado aún á costa de la suya propia.

El amor de María era ese amor puro, íntimo, desinteresado, verdadero, que cifra

todas sus delicias en la ventura del objeto amado.

No era esa pasión mezquina y egoísta que exige una retribución, un premio de igual naturaleza de la persona á quien tal vez no le es dado sentir por nosotros las mismas afecciones.

No diga, pues, que ama, quien no viendo correspondido su cariño, odia al sér cuya alma está cerrada á los ecos de la suya.

Amar y aborrecer al objeto que protextamos amar, son dos cosas incompatibles.

Es profanar ese mirífico sentimiento emanación del cielo, todo dulzura, todo caridad, todo *amor*, en fin, en cuyas aras sacrifica, quien está dotado de virtud tan sublime, todos sus intereses y sus mas íntimas afecciones.

Buscar el bien de una persona con quien nos identificamos y que hace latir con una opresión indefinible nuestro corazón, acatar sus mas ligeros deseos, sufrir con sus penas, gozar con sus virtudes, llorar con sus desgracias, reír con su alegría, y seguir interesándonos en su suerte, aun despues de

escuchar de sus labios que no puede premiar de igual manera nuestro cariño, hé aquí lo que es amor.

María amaba de esta manera. Sentia como nadie no ser el objeto que imperaba despótico en el alma de su gallardo primo. Sentia haber visto desaparecer todas sus ilusiones como un sueño de seductoras formas; y sin embargo, al escuchar sus pasos, al ver que paseaba inquieto por la estancia, al sentir su respiración que dudaba apenas traspasar el recinto en que nacía, al creer, en una palabra, que padecía, y que padecía de amor, en vez del feroz sentimiento de los celos, sintió por él esa dulce compasión que la hacia olvidar sus propias penas.

—¡Pobre Miguel!....—pensó María:—¡El es tan desgraciado como yo!.... Pero él al fin verá premiados sus desvelos, porque es preciso que la mujer á quien ama corresponda á su amor y se llene de orgullo en verse amada de él.... pero yo.... ¡yo no tengo esperanza!.... porque yo no puedo amar mas que á mi primo, cuando su corazón pertenece á otra mujer.... Pero ¡qué

me importan mis padecimientos?... Yo me consideraria feliz si no le viese padecer. ¿Pór qué esa jóven le hace sufrir, cuando él es digno del cariño de un ángel? ¿Por qué generosa no corresponde á ese amor, labrando la ventura del sér mas bueno de la tierra?

Y atribuyendo la inquietud de Miguel á una causa tan distinta de la que en realidad la motivaba, acusaba de inhumana y cruel á la mujer que habia logrado interesar tan profundamente el corazon de su primo, sin dignarse endulzar sus penas.

¡Triste condicion humana!.... Hé áhí dos séres que darian el uno por el otro la vida, y que sin embargo, se hacen desgraciados.... Mas valiera que se aborreciesen, porque el aborrecimiento no afecta ni destruye como el amor oculto.... ese amor que guardamos en el pecho que, comunicado, se desahoga en lágrimas, pero que encerrado se alimenta destruyendo nuestra existencia, como destruye el gusano la carne de la manzana que le alimenta, y dentro de la cual está preso.

María, cuyo dolor se aumentaba á medida que Miguel se paseaba inquieto, se puso una bata blanca de muselina que á la cabecera de su cama estaba sobre una silla, saltó de su lecho, y acercándose á una mesa en que habia una veladora, abrió un cajoncito, sacó de él un cuaderno de papel rayado en que llevaba un apunte exacto de su vida, y se puso á escribir en él las afecciones de que en aquel instante se encontraba poseida.

De repente quedó todo en el mayor silencio.

Los pasos de Miguel ya no se oian, y solo interrumpia el silencio, el ruido causado por la presion de la pluma que corria velozmente sobre el papel en que escribia María, ó por la péndola del reloj que oscilaba pausadamente de derecha á izquierda, como un buque en calma mecido por un leve viento de popa.

De pronto un golpe fuerte que precedió á un ruido extraño, prolongado y desapacible, semejante al de una pesada carraca, hizo suspender la pluma en la mano de la jóven.

Aquel ruido era causado por la máquina del reloj que iba á marcar la hora.

—¡Las dos!—exclamó María dejando de escribir y guardando el cuaderno en el mismo cajoncito de donde poco antes lo habia sacado.—¡Esta es la hora en que murió mi madre y en que quedé sola en el mundo!... ¡Pobre madre mia!....

Y María se puso de rodillas, oró un momento en el mayor recogimiento, y se llenaron sus ojos de brillantes lágrimas que temblaban en sus sedosas pestañas, como las transparentes gotas del benéfico rocío sobre las matizadas hojas de la perfumada flor.

—¡Madre mia!....—exclamó, cuando los suspiros permitieron el paso á las ahogadas palabras—¡cuán cierto es que no existe la felicidad en la tierra!.... Bien me decias, cuando al pié de tu lecho mortuario lloraba por tu próxima muerte, que llorase por mí que me quedaba en el mundo, cárcel de miserias donde gimen los desdichados. Sí, esta mansion en que se agita el alma buscando un bien que jamas alcanza, no

es mas que un inmenso desierto, en que devorado el corazon por la sed de las pasiones, no encuentra una Samaritana que acerque una gota de agua á sus ardientes y abrasados labios.

¡Y cuánta razon tenia nuestra jóven al expresarse de esta manera!

¡Quién al llegar á las puertas de la juventud, y entrar en el festin alegre con que le brinda el mundo engañoso, no finge un paraíso de imperecederos goces, no sueña con un eden de eterna ventura? Llena el alma de pureza y sencillez, con un corazon ardiente, franco, entusiasta y confiado, corre el hombre tras el amor y la amistad; por todas partes se le presentan amigos y personas que juran amarle; llega el momento de la prueba y.... ¡dura leccion! ¡terrible desengaño!.... la amistad y el amor eran mentidos.... No halla un amigo.... no halla un sér que le ame.... En la dorada copa del festin que acercó á sus labios creyendo gustar la ambrosía de los dioses, bebe las amargas heces del dolor; donde vió un pensil de dicha y de ventura, encuentra una

sentina de corrupcion, de iniquidad, de crímenes, de ingratitud y de escándalos.

Entonces, aleccionado en la escuela del desengaño, conoce que la vida no es mas que el continuado quejido de la criatura; que el mundo no es otra cosa que una inmensa enfermería; la humanidad entera un enfermo, y el hombre que muere, el que recobra su salud para vivir en otro mundo verdaderamente justo, risueño y de eterna felicidad.

María permaneció otro momento recojida en su oracion. Luego, mas tranquila, besó una medalla que llevaba al cuello, donde se veia grabada la imágen de la Virgen de Guadalupe; aplicó el oido para ver si sonaban pasos en el gabinete de Miguel; pero viendo que todo permanecia en calma, se dirigió lentamente á su lecho, donde se reclinó para descansar las pocas horas que faltaban de oscuridad.

Poco á poco el sueño se fué apoderando de todos sus miembros; y la hermosa jóven cerró sus párpados humedecidos aún por algunas lágrimas.

Despues de dos noches de constante y fatigosa vigilia, aquel era el primer momento en que descansaban á la vez el espíritu y la materia. Por eso la infeliz se quedó al instante sumergida en un profundo y agradable sueño, consuelo único del que padece en la tierra sin esperanza de ventura.

Miguel, cuya viva imaginacion no podia tranquilizarse con la idea del peligro que corria el hombre que pretendia salvar, en vez de acostarse, se reclinó en un sillón, y así esperó vestido la venida del sol, despertando á cada instante y fijando sus ojos siempre que esto sucedia, en el cuadrante del reloj que iba señalando lentamente las horas.